

ENCUENTRO DOMINICAL VIII

Final de Etapa

Padre Pedro José Ynaraja

Durante esta semana, he ido pensando que si mi aportación consistía en ir transcribiendo los párrafos que tenía subrayados de la última Exhortación Apostólica, no acabaría nunca y los lectores con razón, podían decirme que ya eran capaces de comprar un ejemplar y leerse tranquilamente.

He ido comentando aspectos de la liturgia de la Palabra, Alimento espiritual real. Añado a lo dicho una frase que me sorprendió y me encantó. En el número 24 se dice "el Dios que habla nos enseña cómo podemos hablar con Él. Pensamos espontáneamente en el libro de los salmos, donde se nos ofrecen las palabras con que podemos dirigirnos a Él." Me encuentro a veces con algún matrimonio que se ha enriquecido con la bendición de un hijo. Para los profanos, léase célibes por vocación, el momento del aprendizaje del lenguaje nos es desconocido, por eso preguntamos ¿ya sabe hablar? Y contenta la madre nos responde: sabe decir papá y mamá y se alegra de oír como así la llama. O le gusta al padre, que al entrar en casa se le arrope estrechamente el niño y le diga: papá. Escuchar que el hijo se les dirige con las palabras que ellos mismos le han enseñado, es gran satisfacción. En cambio, al oír una palabrota, le dirán disgustados ¿Quién te ha enseñado a hablar así?. Cuando un chiquillo grita y berrea, por muy libre y espontáneo que sea al hacerlo, a sus padres no les hará gracia. Recuerdo que cuando hace un tiempo visitaba a mi hermana en el hospital, rezábamos el rosario juntos. Pero un día le recordé que cuando yo era muy niño, en aquellos tiempos de guerra civil, ella me enseñó a rezar. Eran cortas jaculatorias, expresadas en lenguaje infantil. Sonrió y le animó el repetir las. Retrocedíamos a Zaragoza, muy cerca del Pilar, y escuchaba ella ahora cómo yo me dirigía a Dios, con las frases que me enseñó. Habían pasado más de 70 años para nosotros, en la eternidad todo es actual.

Cuando oramos a Dios con palabras de la Escritura, Él escucha complacido, pues oye que le hablamos con palabras suyas. Quien quiere inventarse oraciones a su manera, prescindiendo de la Revelación, no ha de extrañarse que se equivoque. Me horroriza aquellos que quieren corregir al Señor e implícitamente le dicen que no supo enseñar a rezar, que a los jóvenes de hoy les gusta otro lenguaje y pedir otras cosas. Me he enfrentado con gente así, que en la misa cantaban, con la melodía propia de una película cuyo argumento central es la historia de un adulterio, una especie de Padrenuestro que hablaba de libertad y no sé que más... ¡qué irresponsable imprudencia!

La Biblia es un mensaje universal, que se escribió para los hombres de todos los tiempos y lugares. No se olvide que cada uno de nosotros no es un depósito concentrado de la humanidad entera. A los primeros destinatarios les podía ayudar, si se encontraban en el destierro babilónico, palabras que a nosotros nos chocan

(S137). El salmo miserere (51) nos puede gustar, pero no le sacaremos el jugo que ayudó a Savonarola, cuando en la cárcel esperaba su ejecución. Cada uno de nosotros tenemos nuestras preferencias, pero es preciso que leamos todos, para saber cuales son los que nos servirán en nuestras situaciones personales. No soy capaz de omitir, antes de terminar, estos párrafos de la Exhortación Apostólica." Nunca podemos leer solos la Escritura" (30). "Se pueden organizar fiestas, pero no la alegría, la alegría es fruto del Espíritu Santo" (123)

Padre Pedro José Ynaraja